



En busca de la

Musa

Crítica



Querido don Alfonso

En algún lugar del cosmos palpitante

Así somos todos los criticones. Nuestra mente, invadida por lo que los alquimistas medievales llamaban humores agridulces y los psicólogos de turno, hiperestesia o estrés, de súbito comienza a reprochar todo lo percibido, a examinarlo, a volverlo de un lado para otro, a desmenuzarlo, a escudriñar, precisamente porque de nada está contenta. Desazón suprema, delirio de progreso o perfeccionismo, los criticones vemos en todo lo que disfrutamos —un libro, un film, una exposición o una nueva institución— sólo un modo de ser pasajero que conduce a otro más perfecto. Don Alfonso, acompañadme en mi trabajo, en mis diversiones; seguidme con mi novia a la fiesta, a la tertulia, al centro comercial, a la cantina, al bar; a la bella le toca aguantarse en todas partes mis críticas, mis burlas, mis exageraciones, mis ironías, mis sarcasmos; volar, zumbiar, descalabrar al magistrado, al novelista exitoso, al poeta laureado, al gobernante, al banquero, al militar, al periodista, a todo. Y, sin embargo, como dice el tango, “sus ojos se cerraron y el mundo sigue andando”.

SEBASTIÁN PINEDA BUITRACO

Por suerte todo lo que pienso no es verdad. Y entre lo que cavilo, digo y hago hay abismos espantosos. Acaso la sensatez nos llega cuando sabemos que no somos intelectuales; que el mundo, válgame Dios, no está en nuestras manos ni podemos cambiarlo de raíz sin ni siquiera habernos cambiado a nosotros mismos. Como le confesaba usted al loco de Barba Jacob —mi coterráneo colombiano—, también yo prefiero la compañía de mi novia a la de los intelectuales que se toman en serio (apud. Vallejo, 1992). El criticón —que es creador empujado por la propia creación— a menudo se vuelve aberrante cuando pretende resolver contradicciones imposibles de solucionar o que ni siquiera existen. La ingenuidad sucesiva poco dista del cinismo y la baja envidia. Bien lo aceptaba Gracián, el criticón por excelencia, al ver cómo sólo podemos aspirar a ordenar contradicciones, no a remediarlas. De buenas intenciones está empedrado el camino al infierno. ¡Ah!

Pero no le negaré que de Gracián a ratos me fastidia ese pesimismo sonriente, con tufo de sacerdote jesuita, que más tarde también exhalará Voltaire. La humanidad prefiere el relativismo de Sócrates y de Jesús. ¡Cómo será Jesús de relativista que la principal arma para atacar a la Iglesia aún consiste en reivindicar sus enseñanzas! Cristo vivió entre dos sistemas increíblemente rigurosos. Asimismo Sócrates. Ellos han sido los más grandes críticos de occidente. Emanaron de la musa crítica.

Precisamente vengo a hablarle de la crítica y de los seres que ella ha creado: los criticones. Acabo de publicar mi primer libro, *La musa crítica*, en el que, valga la redundancia, *critico* su teoría y ciencia de la literatura. Lo que vendría a ser como una metacrítica. Mejor dicho, crítica sobre una crítica de la literatura, que ya de por sí significa otra crítica a la sociedad filisteas e intolerante. Y si seguimos astillando la punta de nuestras definiciones, de pronto, todo se

nos convierte en crítica. En efecto, en la neutralidad del universo, las complejidades químicas que de la materia inerte hacen posible la vida implican ya una interpretación del universo. La vida ya no admite seres neutros como las piedras o las paredes. Si hasta los árboles interpretan el clima con cambios de tonalidad en sus hojas, qué decir de los camaleones, de los loros parlanchines, de la melancolía de los perros cuando sus amos los abandonan. Terry Eagleton, cuyas agudezas al estilo de Chesterton hubieran sido de sus delicias, repara que nuestros sentidos físicos son en sí mismos órganos de interpretación. “Lo que nos distingue de nuestro compañeros los animales —aclara— es que nosotros somos capaces de interpretar a su vez estas interpretaciones” (Eagleton, 2004: 72). ¿Por qué? ¿Acaso el universo conspira para que lo conozcan y lo critiquen? “We are a way for the Cosmos to know itself”, sentencia el científico-literato Carl Sagan, invadido de préstamos poéticos en sus divulgaciones científicas. Luego, en mi modesta opinión, considero que su teoría y ciencia de la literatura me han permitido descubrirme en usted. Si el hombre nunca puede estarse quieto ante el universo, al disfrute de leerlo a usted responde el disfrute de contestarlo, “de desmontar su relojería escondida” (“Génesis de la crítica”, Reyes, 1997c: 293). Todo, claro está, esgrimiendo sonrisas.

Antes de explayarnos en su crítica y la teoría literaria, permítame cierta cursilería que no hace daño y antes nos despoja de cualquier solemnidad. Aún en el universo se regocija de su paso sonriente por este mundo de iniquidades y desgracias. Las padeció usted aquel día en que mataron a su padre. Lo imagino aquel febrero de Caín y de metralla confundido, vacilante de abandonar los libros y tomar el fusil que yacía, cargado, a un costado de su cuarto. ¡Bendita indecisión! Debió ser la musa de la crítica la que no lo dejó arrastrarse a las turbulencias en las que luchaba su hermano Rodolfo. Me pregunto en ese momento qué le secreteó Hamlet: ¿vengar también a su padre? ¿Por qué no le hizo caso a don Quijote en preferir las armas a las letras? ¿Y si lo llamaban cobarde, si lo juzgaban afeminado? Ahí estaba el ejemplo de Ifigenia o Clitemnestra para recordarle que de la venganza no se encargan los hijos, sino los dioses. O aprendía de la tragedia griega a leer la historia humana, o no aprendía nunca a leerla en las noches insomnes en que —acaso se quejaba su madre en

silencio— desgastaba su juventud. No quedaba otro remedio que zarpar de Veracruz, con su esposa y su hijo en brazos, hacia la Francia lejana que pudo estar más cerca si su padre y la legión de don Benito, con base en Monterrey, hubiera dejado en paz la torpe ingenuidad de Maximiliano y Carlota. El trasatlántico atraca brevemente en La Habana. Usted pasea por el malecón encendido. Acaso los sonos rítmicos de los “negros vestidos de amarillo y de guinda”, o el mar, disuelven su tristeza. Pregunta por Rubén Darío, pero el poeta acaba de marcharse, confundido por el estruendo de la Revolución que no lo dejó subir al alto valle de México, donde sus amigos del Ateneo lo esperaban triunfalmente. En La Habana ya no se ve al “yanqui colonial” sorber “granizados de brisa para curarse del bochorno”. Ha desaparecido la crítica. Si le contara. El marxismo la abolió el mismo año de su muerte: 1959. Cómo, se me dirá, ¿no es el marxismo una crítica al capitalismo, a la burguesía? “Ahora la crítica —dice Marx— no es un bisturí, sino un arma. Su objeto es su enemigo, a quien no quiere refutar, sino aniquilar” (1962: 497). Marx sopla, saca de su cabeza a la musa malvada de la crítica que ya no goza en responder a lo recibido, sino que se uniforma, se militariza a fin de destruir la injusticia y la inequidad con la ayuda de las armas. Y esto sucede cuando la crítica se olvida de sus límites mentales y teóricos, y pretende apoderarse del mundo práctico y operativo en un fanatismo donde el hombre mismo, variando la lógica, encarna una ideología. Definitivamente, don Alfonso, cuando la intelectualidad se involucra en la postura activa se vuelve tan superficial, tan idólatra. Los críticos que se toman demasiado en serio el marxismo se convierten en guerrilleros, como ha pasado tan a menudo en mi país. Son los críticos supersticiosos del mito del rey filósofo, alimentados por soberbia o ingenuidad. La Habana es ahora mismo el gobierno de los intelectuales o de los reyes filósofos de la República de Platón¹. Ejercen el comunismo que hace más de una década se hundió en su propia mentira. Mentira planetaria. De ahí que los lacayos intelectuales de Fidel sean poetas y novelistas, gente dedicada a la ficción: García

¹ Véase de Danilo Cruz Vélez, *El mito del rey filósofo: Platón, Marx, Heidegger* (Planeta, 1989).

Márquez, Bennedeti, Galeano, etc... ¿Qué ocurre en la mente de ciertos intelectuales capaces de defender en pleno siglo XXI un régimen dictatorial? ¿El sueño de la razón produce monstruos? Se diferencia el verdadero pensador del pensador filo-tirano en que el primero, aunque enloquecido por el amor, no puede abandonar su propia alma, no puede salirse de sí: mantiene el control, siempre vuelve al cuerpo de Alonso Quijano después de ser don Quijote, siempre pasa del romántico Werther al clásico segundo Fausto, ¡oh Goethe! El pensador filo-tirano, en cambio, no lo consigue: Raskólnikov asesina a la vieja usurera por una justa causa, Ofelia se le muere a Hamlet en mitad de su lucha... El camino hacia la vida filosófica debe ser en búsqueda de la verdad y nunca en posesión de ella. Hay un breve artículo suyo en que nos da el perfecto consejo —perfecto por lo imposible:

Amarás sin desear, con desinterés: la flor está bien en su tallo; el crepúsculo, en su tarde de otoño; la mujer, en su sabroso misterio; la canción, en la vaguedad del aire. Y entonces irás descubriendo que amas en las cosas algo superior a las cosas: la belleza en sí (“La prueba platónica”, Reyes, 1989).

Volvamos a su teoría y ciencia de la literatura. Su amigo José Gaos lo acusó de impaciencia o falta de serenidad cuando usted no quiso continuar con su teoría de la literatura (en “Alfonso Reyes o el escritor”, 1966). A su musa crítica, que otros prefieren llamar “mi doble”, “amigo imaginario”, “sombra” o “espíritu”, usted le confesó que la lánguida recepción de *El deslinde*, entre sus contemporáneos, lo desanimó de continuar semejante empresa. Lo supo. El oficio de pensar es de los más graves y peligrosos sobre la faz de la tierra, bajo la bóveda del cielo. Ir explorando muy hondo o muy arriba, y a todos lados la amenaza del vértigo, de la asfixia. Así, dijo nuestro Rubén Darío prologando *Motivos de Proteo*, “la principal condi-

ción del pensador es la serenidad” (en Rodó, 1958: 3). ¿Careció de ella, estimado don Alfonso? No le reprocha nada. La realidad social latinoamericana desespera a cualquiera; no deja pensar en paz. Ciertamente su teoría no era la fecundidad verbal más o menos feliz, la declamación sibilina, el pastiche, la oratoria, el volante, el panfleto a que nos tenían acostumbrados los supuestos “pensadores”. Era el desarrollo intelectual de otras civilizaciones: el ensayo. Pertenece usted al club de los que Adolfo Castañón llama los “montañistas”, los seguidores de Michel de la Montaigne que no ven el mundo plano, sino ondulante, con relieves y para quienes la materia de sus pensamientos nace de la experiencia propia —*je suis moy-mesme la matiere de mon livre*². Pululan en efecto los críticos que, al comentar un poema, quieren creerse más poetas que el poeta; los columnistas de opinión quienes consideran que todo lo que se imaginan es verdad, y no entienden que a ratos la realidad se nos aparece distorsionada. Si aplicáramos su consejo de no imponer nuestros gustos personales en normas generales, mejoraría no sólo nuestra estimación de la literatura sino de la política, de la economía, de la democracia toda (quienes han hecho lo contrario engendran las tiranías). Siguiendo su método de la crítica, después del *impresionismo* requerimos la comprobación de nuestras interpretaciones a la luz de la “ciencia de la literatura”, que en realidad debe verse como una ciencia en formación. “La metodología de esta ciencia debe partir del sentir y busca el saber, en un equilibrio delicado de goce y conocimiento, extremos que por ventura se complementan” (Reyes, 1997a: 325). Le cuento que al urdir mi tesis sobre sus investigaciones en torno al fenómeno de la creación literaria y a los métodos de la crítica, quedé alarmado

² Véase de Adolfo Castañón, “Michel de Montaigne: la inminencia del reino”, en *La gruta tiene dos entradas* (Editorial ALDVS, 2002. Segunda edición).

SI LOS DESPOJÁRAMOS DE SU TOQUE DE FICCIÓN, DE SU MENTIRA PRÁCTICA, LOS PAÍSES Y SUS BANDERAS NADA DICEN AL UNIVERSO

al advertir cómo sus libros brillaban por lo ausentes en los cursos y antologías de teorías literarias del siglo XX. Al comentar de nuevo la importancia de sus investigaciones teóricas, como ya lo habían hecho su tocayo Rangel Guerra y nuestro amigo Víctor Barrera Enderle³, experimenté acaso la sensación de los arqueólogos mexicanos cuando descubren nuevos templos aztecos o mayas, esto es, la sensación de que la cultura latinoamericana vive acumulando problemas, echando tierra, sepultando el camino que otros, en el pasado, empezaban a labrar. Observa Leopoldo Zea que después de la independencia nos embarcamos en la lucha entre liberales y conservadores; después, a la del clero contra la burguesía; posteriormente, a la del comunismo ruso contra el capital privado estadounidense (consumistas y marxistas, dos creaciones burguesas), y así sucesivamente sin haber resuelto el primer inconveniente: la independencia o dependencia de Europa. Primero se necesita ordenar, de-

³ Véase de Alfonso Rangel Guerra. *Las ideas literarias de Alfonso Reyes* (El Colegio de México, 1989); y de Víctor Barrera Enderle, *La mudanza incesante. Teoría y crítica literarias en Alfonso Reyes* (UANL, 2002).

limitar, *deslindar* la síntesis que somos, en pos de aceptar los vasos comunicantes y los ensanches entre todos los pueblos y las culturas.

Precisamente leyendo *El deslinde*, su teoría literaria, me he dado cuenta de cómo el ser humano, temeroso de diluirse en la realidad neutra del universo, crea mundos dentro de este mundo, traza límites tanto para ser un algo modestamente determinado en la infinita vaguedad del universo, como para diferenciarse dentro del orden artificial impuesto por otros hombres. Mas no es posible que esos límites, los países, las culturas, las religiones, las castas, las propiedades privadas, las profesiones, etc., se cierren de tal modo que no sean porosos. Por el contrario, gozan de permanentes conexiones como sucede con el misterioso salto de los electrones de una a otra órbita interatómica, “que la física cuántica registra con asombro” (Reyes, 1997b: 28). Si todo se rige por el incesante fenómeno literario, en ese caso las instituciones, los gobiernos, las fronteras de los países ente tantas otras cosas no son más que portes lingüísticos, ficciones mentales de antropomorfismo o prosopopeya. Si los despojáramos de su toque de ficción, de su mentira práctica, los países y sus

banderas nada dicen al universo. Por eso no hay mejor lugar para percibir *El deslinde* que situándonos en la frontera de México con Estados Unidos, punto palpante, saturado, hostigado de préstamos y empréstitos económicos, culturales, lingüísticos, etc. Lo digo porque son tantos los datos que se ofrecen al observador que contempla esa frontera que ningún tratamiento histórico, sociológico, político o científico alcanzaría para dilucidar la densa realidad que se precipita allí como un aguacero torrencial. Para el observador o el teórico —teoría, del griego *contemplación* o *espectáculo*— la única manera de agarrar esa realidad incesante, según aparece y nos sale al paso, es a través de la novela total, empresa que logró con acierto Roberto Bolaño en *Los detectives salvajes* (1998). Sólo la técnica de la ficción literaria —lo acepta el teórico inglés Arnold Toynbee, de cuyo *Study of history* (1939) tomó usted el impulso para su estudio de la literatura— “puede emplearse o es digna de serlo cuando los datos son innumerables” (Toynbee, 1998: 82). No sé si existe alguna novela similar que intente jugar a arcillar, a darle forma a la espesa realidad de la Franja de Gaza, esa otra frontera donde chocan, excitadas, las metáforas cristianas, judaicas y musulmanas con tanta energía que viven produciendo chispas, disparos, bombas. Me pregunto si no era usted, andando por tantos países, profesiones, géneros y amigos, espiritualmente fronterizo. Lo cierto es que *El deslinde* desata en el lector el digno esfuerzo de trazarse límites, no para empequeñecer la inteligencia, sino para aclararla, alargarla, ensanchar su capacidad intuitiva. Enrique Anderson Imbert, aquel joven argentino con quien usted conversó en Buenos Aires, indicó que más que una teoría literaria la suya parece un sistema de ideas sobre nuestra capacidad cognoscitiva (Anderson Imbert en Willis, 1996).

¿Recuerda Buenos Aires? Días antes de publicar *El deslinde*, mediados de 1944, usted le escribió al dúo policial-fantástico de Borges y Bioy Casares: “pronto llegará un libro espantoso que estoy por sacar. *El deslinde*, *Prolegómenos a la teoría literaria*. Por favor, considérenlo con piedad. El hijo monstruoso es el que se lleva nuestra ternura” (apud. Willis, 1976: 156). ¿Lo llama monstruoso por orgullo, por excesiva autocrítica? Lo cierto es que nadie mejor que Borges (quien, confesó, cuando quería saber si algo estaba bien escrito lo leía con la voz suya), nadie mejor que

él entendió las posibilidades epistemológicas del ensanche de la literatura fantástica. Lo que términos científicos se conoce como *Gedankenexperiment*, experimento imposible de probar en la práctica pero sí en la mente, Borges lo lleva a cabo en sus cuentos. En ellos, la imaginación no se anticipa a la ciencia sino que crea mundos distintos con leyes propias, con supuestos imposibles para el mundo real. ¿En qué lugar de la mente o del universo reside el planeta de “Tlón, Uqbar, Orbis tertius”, o dónde puede suceder “La lotería de Babilonia”? Este tipo de fantasías, lo vio usted, “van mucho más allá del humorismo y tienen un valor de verdaderas investigaciones sobre las posibilidades epistemológicas” (Reyes, 1997b: 137). La inteligencia humana se fortalece en la capacidad de engendrar mundos propios con leyes genuinas. Si antes la antigüedad encerraba lo fantástico en el reino de la mitología, la modernidad literaria se roba este fuego de los dioses e ilumina rincones o pasadizos del cosmos que no percibíamos sino con mucho temor o aferrándonos a dogmas religiosos. La literatura fantástica depara una gran libertad. Pronto no habrá otra forma de encerrar el mundo empírico en su totalidad sino a través de ella. Y nada queda terminado, don Alfonso. Me conformo con que, desde el fondo de los años y a través del espacio, me dé una leve palmadita en el hombro para recomenzar ☺

Bibliografía

- Anderson Imbert, Enrique (1996). “Teoría y práctica de la literatura en Alfonso Reyes”, en Robb, James Willis (comp.). *Más páginas sobre Alfonso Reyes*. Vols. IV. México: El Colegio Nacional.
- Cartas de Barba Jacob. Recopilación y notas de Fernando Vallejo (1992), en *Revista Literaria Gradita*. Bogotá.
- Gaos, José (1966). “Alfonso Reyes o el escritor”, en *Cuadernos Americanos* 5. Año XIX. Vol. CXII (septiembre-octubre).
- Eagleton, Terry (2004). *After Theory*. London: Penguin Books.
- Marx, Karl (1962). *Kritik der Hegelschen Rechtsphilosophie*, en Frühe Schriften. T. I. Darmstadt: Buchgesellschaft.
- Reyes, Alfonso (1989). “La prueba platónica”. Cantones de Madrid, en *Alfonso Reyes y España*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, Alfonso (1997a). *Tres puntos sobre exegética literaria*. Obras completas. Tomo XIV. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, Alfonso (1997b). *El deslinde*. Obras completas. Tomo XV. México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, Alfonso (1997c). “Génesis de la crítica”, en *Al yunque*. Obras completas. Tomo XXI. México: Fondo de Cultura Económica.
- Rodó, José Enrique (1958). *Motivos de Proteo*. Obras Completas. Montevideo: Barreiro y Ramos.
- Toynbee, Arnold (1998). *A study of history*. I Oxford. Introducción Willis Robb, James (1976). *Estudios sobre Alfonso Reyes*. Bogotá: Ediciones El Dorado.

